

## Desde la Casa

Para acabar de desorientarse respecto a lo que pasa — o mejor, a lo que no pasa — en España, no hay como venir a esta Villa y Corte del Reino y oír lo que aquí cuentan los unos y los otros, y sobre todo los que se dan por muy bien enterados.

Depende esto en gran parte de que no es más que una de tantas leyendas sin grave fundamento alguno de realidad eso del centralismo y la centralización de la vida política española de que tanto abusan los regionalistas de toda laya. Aquí, en la Villa y Corte del Reino de España, en la residencia oficial del Gabinete de Negocios del Reino, se reciben los impulsos de todos los rincones de España, mas no parten de aquí. Donde no se gobierna de verdad, que es lo que en nuestra patria hoy ocurre, no cabe centralismo. El poder central está a merced de pequeñas acciones difusas de todo el ámbito de la nación. Y sobre todo a merced de acciones de accionistas. Y luego ocurre que los mismos que están desde diferentes pequeños centros de las diferentes regiones tirando de los hilos, son los que más hablan de los excesos del centralismo.

Hoy mismo la efectiva política social de España se hace más que en Madrid, en Barcelona, en esa Valencia, en Bilbao, en Zaragoza, en Asturias, en Andalucía, por todas partes. Y aquí, en Madrid, como en otra región cualquiera. Porque no la hace el gobierno central, el cual no hace más que hacer que hace sin hacer nada. E ir perdiendo tiempo — a lo que se le llame por antonomasia ganarlo — a ver si las gentes se duermen de cansancio y no se percatan después de lo que se haga. Y si Madrid tiene algo de centro del Reino de España no es sin duda por residir en él el gobierno y celebrarse en él las sesiones de Cortes y radicar en él las oficinas de los ministerios, sino por estar domiciliadas en la Villa y Corte las más poderosas Compañías financieras e industriales, las más fuertes casas de negocios. Y es por esto por lo que solemos llamarle a la Corte la Casa.

A la Casa no le ha interesado nunca mucho la política, no siendo lo que aquí se llama con ese nombre y que esa política en su noble y puro sentido nada tiene, pero actualmente le interesa menos que nunca. A la Casa no le interesan hoy más que los negocios. Y los negocios de toda clase. Hasta los recreativos. En cuanto negocios, claro está.

Creemos que si se formara una empresa para echar a rodar todo este tinglado del que hemos dado en llamar régimen, la Casa se interesaría — en el más estricto sentido económico — por bajo cuerda en la tal empresa, y no tanto para hacerla abortar cuanto para especular con ello. Cuéntase una treta muy parecida de los comerciantes chinos. Es decir, que sabría aprovecharse de su aparente quiebra.

Ahora apenas se habla aquí entre los aficionados más que de eso de las tarifas ferroviarias y de si las elevará el actual Consejo de Administración de los Negocios de la Casa, o si se llevará de nuevo el asunto a las Cortes, o si tendrán al fin que elevarlas los llamados liberales, de cuyos primates o prohombres — hombres de pro o de provecho — se dice que están un poco interesados en la tal elevación. Que guardan una prudente reserva es evidente. Y hay quien dice que están deseando que sea Dato el que le ponga el cascabel al gato y les dé hecha la cosa. Al fin y al cabo los llamados liberales son tan «consejeros» como los llamados conservadores. Y tan zurupetos. Y el «consejero» es un conservador. Conservador de los caudales del accionista.

Hay, es cierto, la revulsión sindicalista; pero síntomas de revolución, de verdadera revolución política y social no se descubre ninguno. Ni es de esperar que en España surja hoy quien haga el papel que en Italia está haciendo el viejo Giolitti. Una vez hablamos aquí a este respecto de Romanones; pero el conde es demasiado «consejero» y demasiado ne-

gociante para poder, aunque quisiera, desligarse de los intereses creados. Y eso que no damos fe a la leyenda de que sea el prestamista de las instituciones. Y hasta se susurra y rumorea que ha sido sustituido en su función de banquero de Cámara.

No, no hay que pensar en una verdadera revolución política y económica que nos libere de los horrores de la revulsión sindicalista. Los en un tiempo más conspicuos revolucionarios están interesados ya en los negocios de la Casa; son, a su modo, accionistas y hasta a su modo consejeros. Y consejeros recreativos.

Y esto, lo repetimos, hiede que apesta. Las antiguas diferencias y oposiciones ideales, doctrinales, carecen ya de sentido. Las viejas palabras consagradas — libertad, democracia, justicia, civilización, etc. — han perdido todo valor. Tienen, a lo sumo, un valor en Bolsa.

Miguel de UNAMUNO.

